

LA OBRA CIENTIFICA DEL DR. LETAMENDI

(Pruebas irrefutables de la fundamentación en los trabajos del Dr. D. José de Letamendi Manjarrés) (*)

ENRIQUE PEIRO RANDO

(Barcelona)

«En la consulta de obras antiguas no te atengas a la letra, sino al espíritu».

LETAMENDI
Aforismo, 75

PARA conocer la labor científica, literaria y artística del Dr. Letamendi, creo que no sólo precisa leer todo cuanto él escribió sobre diversas disciplinas, en las que volcó su leal manera de pensar y sentir, sino también los escritos de sus biógrafos y de sus comentaristas, lo mismo de antaño que de hogaño.

Cierto que no todos los juicios críticos de antaño sobre sus trabajos han sido favorables al Maestro, puesto que los ha habido de sentido negativo, desfavorable y precisamente por una de las características más sobresalientes del Dr. Letamendi, su polifacética producción considerada por algunos comentaristas como «improvisada»,

es decir, sin base fundamental sólida, llevados posiblemente por aquel refrán tan recordado por nuestros abuelos —muy dados a refranes— de: «El que mucho abarca, poco aprieta».

Sin embargo, este punto concreto de la crítica lo conceptúo injusto, y no añado falso, por cuanto basta leer con detenimiento los escritos de Letamendi sobre los diversos temas que trata, para hallar en ellos la prueba palmaria de que el Maestro se documentaba cumplidamente —a tenor, claro está, de los conocimientos de su época, mediados del siglo pasado— añadiendo de su cosecha la meditación, la observación y aun la ex-

(*) Memoria presentada para optar a los Premios de la «Fundación Letamendi-Forns» Real Academia de Medicina de Barcelona: Concurso de 1966. Declarada «meritoria».

perencia, fraguando así sus sólidos criterios, elaborando sus conceptos diáfanos e inequívocos y estableciendo sólo entonces sus juicios maduros y precisos, expuestos siempre con un léxico rico, de corte impecable, que dejaba traslucir, a veces, un fondo agudo de sutileza y humor.

Y es con referencia a esta crítica negativa, injusta, que deseo aportar mi grano de arena, aunque comentaristas modernos, actuales, como los Profs. Ramón Sarró, Alfredo Rocha, S. Palafox, y el culto diplomático y compañero Dr. Rafael Forns, hijo, hayan ya refutado el desafío de los cargos. Pues, por mi parte, deseo demostrar que la prueba de la preparación del Dr. Letamendi se halla en sus mismos escritos, puesto que él mismo, en muchos de ellos, explica y justifica la evolución de sus conceptos, el contenido de sus ideas y los fundamentos en que sienta sus teorías.

Varias veces tendré que referirme a los compañeros antes citados, de una manera especial a los Profesores Sarró y Rocha, a propósito, respectivamente, de sus discursos de ingreso y contestación a la Real Academia de Medicina y Ciencias de Barcelona de 7 de julio de 1963, y en cuanto al Dr. Forns a tenor de varios artículos aparecidos en el periódico ABC de Madrid y en La VANGUARDIA de Barcelona, en el período comprendido entre 1958 y 1965.

En la introducción al «Curso de

Patología General» 1883, y en la página 8 escribe Letamendi: «Más yo, que cuando estoy seguro de que me asiste la razón, no paro mientes en si voy solo o acompañado», y más adelante: «Que yo tenía razón, (se refiere al estado de la medicina en su época y aún antes), lo hicieron bueno los años y mi *perseverancia* (el subrayado es mío), pues ya en la penúltima década de 1870 a 1880, lo decía la frase terrible de J. Hugues Bennet, *una Medicina realmente científica está aún por hacer*»...

En el discurso que pronunció en el *Centro Médico Reformista* de Madrid el día 2 de mayo de 1882, titulado «Orígenes de la nueva doctrina médica individual o unitaria», que inserta como verdadero intróito de dicha obra de texto, —luego en el tercer tomo y en sus últimas páginas habrá un epílogo, «por cuanto donde se entra con salutación, no se salga sin despedida»— en el que examina el concepto unitario de Hipócrates, escribe: «Lo primero que con extrañeza vuestra os voy a revelar es que mi nueva doctrina es la restauración del espíritu *Individualistas Hipocrático*, en lo que éste ha tenido de práctico y salvador para el pasado y en lo que el progreso, rectamente dirigido, puede fortalecerle para señorear en el porvenir».

El concepto filosófico de su reforma médica es ya enjuiciado por Sarró, en su citado discurso, cuando dice: «Se vislumbra bien que a

LA SALUD



SEMANARIO POPULAR DE INTERESES VITALES.
Ilustrado con grabados, siempre que el caso lo requiera.

DIRECTOR-PROPIETARIO,

JOSÉ DE LETAMENDI,

Doctor en Medicina.

Catedrático de Anatomía de esta Facultad, etc.

Año I. Domingo 7 de enero de 1877. Núm. 1.º

SUMARIO.

Motivos de esta publicación. (Atleulo-prospecto). — Sección I. Higiene dogmática. Concepto real de la vida. — Sección II. Higiene crítica. Abuso de la carne cruda. La salubridad. — Sección III. Economía, higiene y medicina doméstica. Bebidas higiénicas. — Sección IV. La salud del proletario. Primer socorro en caso de desgracia. — Sección V. Escala de la salud. Noticias universales. Noticias locales. — Sección VI. La salud en la guerra. — Sección VII. Bibliografía. — Sección VIII. Estadística. Propagación del sarampión y de la scarlatina. — Sección IX. Pasos de la ciencia. — Sección X. La ciencia en jaca. Un volumen en diez líneas. — En pos de buena humor, por vía de postre higiénico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Península. Semestre, 7.50 pesetas.
 Año, 12.00 id.
 Extranjero Semestre, 9.00 pesetas.
 y Ultramar. Año, 14.50 id.
 Número suelto, 0.25 peseta en la Península.
 id. id. 0.25 id. Extranjero y Ultramar.
 ANUNCIOS, en las cubiertas, á precios convencionales.

DIRECCION Y REDACCION

Barcelona, calle de la Merced, número 4, piso 2.º, derecha.

ADMINISTRACION

Barcelona, calle de Bobadilla, número 23 y 24, librería.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Todas las librerías, centros de suscripción y cuantos estén autorizados con el Administrador, D. Eusebio Riera.

Modo de suscribirse.

Dando el nombre y señas á los señores Corresponsales y pagando á los mismos su importe, ó bien, remitiéndolo al Administrador en libranzas sobre Tesorería, sellos de franqueo u otro medio. Los números se remitirán directamente por el correo á los señores suscritores, ó por conducto de los Corresponsales si así se prefiere.

En materia de higiene, las nociones de estas ciencias, al igual que el cultivo de la agricultura e industria, solo se forman mistificando al pueblo ignorante y pueril.

Letamendi le interesaba más una filosofía médica, que una medicina clínica», pero el Maestro lo fundamenta así: «Lo propio de Hipócrates, lo que en él constituye su personal grandeza y, por lo tanto, su prestigio histórico, y lo que en cualquier siglo en que Hipócrates resucitara tornaría a constituir su inmerescible gloria como pensador y como clínico, es la subordinación de la *observación y experiencia*, (subrayados por mí), al concepto individual del hombre». Estas dos concepciones a bases de estudio, observación y experiencia, se mantendrán luego a través de los siglos, pues la «Royal Society» de Londres (1660 y siguientes) las recomienda como necesarias para la nueva «filosofía experimental», y más tarde, los primeros fisiólogos, y sobre todo Claudio Bernard, fundamentarán la fisiología a base de la observación y posterior experiencia del fenómeno a estudiar, a descubrir. Véase el libro de este último «Introducción a la Medicina experimental», en el que dedica sendos capítulos a dichos temas. Sarró mismo analiza y compara la filosofía de Letamendi con las concepciones no muy antiguas y modernas de las llamadas «medicinas».

Pero las líneas que aportan testimonio de nuestra afirmación inicial y que confirman nuestra tesis pudieran ser éstas: «Ya veis señores que ni por la escala analítica o descendente, ni por la sin-

tética o ascendente, hay que temer. ni hoy ni nunca, la destrucción de la doctrina que abrazáis»... Lo que equivale, a mi juicio, a que Letamendi, en este caso concreto, enjuició su doctrina en cualquier sentido, ora por análisis ora por síntesis, y no le halló objeción que entonces, naturalmente, fuera atendida. Así que aún añade: «Ahora bien, resucitar a Hipócrates, no puede ser; murió, que en paz descansase. Restaurar sus mismas enseñanzas con todo el cortejo de errores y de ignorancia de su tiempo, quédase esto como ocupación de aquellos que se sienten mal avenidos con la verdad y los progresos modernos. Lo único que hay que hacer es, animando con el más puro espíritu Hipocrático los materiales acumulados por millares de investigadores, dar de una vez alma, cuerpo y dirección, es decir, positiva vida, a la ciencia médica, acudiendo al criterio mecánico, único punto de partida positivo e indiscutible»...

Muy vesosímilmente Letamendi hubiera sido un entusiasta fundador de la doctrina actual del Neo-Hipocratismo, que Delore definía así: «Hipocratismo y Neo-Hipocratismo no son sinónimos. El Hipocratismo significa para nosotros un pasado y le debemos respeto. Pero la adjunción del prefijo Neo da una orientación nueva, de ensayo de síntesis del progreso y de la tradición de la medicina científica o biológica con ciertos prin-

cipios tradicionales; bien entendido que la clínica queda como base del Neo-Hipocratismo». (La medicina moderna delante de la tradición Hipocrática y Pitagórica. «Presse Médicale», 3 de Noviembre 1937).

Siguiendo el discurso ya mencionado expone Letamendi a continuación su ecuación general de la vida, planteándola así: «¿No es el hombre un ser corpóreo? ¿No es su cuerpo uno e indiviso? ¿No es la vida el acto de este cuerpo? ¿No es este acto la resultante dinámica de su energía individual, sin la cual no vive, y de las energías cósmicas, sin cuyo concurso muere? ¿No nos conduce, en buena mecánica racional, (siendo I energía del individuo, C la del Cosmos y V la resultante *Vida*), a plantear la ecuación $V = f(I, C)$?».

Esta ecuación de la vida, ha sido también comentada por Sarró, y desfavorablemente enjuiciada desde antaño, pero el mismo Letamendi comprende el alcance que se le puede y debe dar así escribe a continuación: «Acometer de golpe todos los desarrollos a que la ecuación se presta, daba por resultado haber escrito un libro absolutamente ininteligible para la inmensa mayoría no ya de alumnos, sino de los médicos y sólo al alcance de los matemáticos de profesión y aún únicamente por lo que se reflere a la forma del procedimiento, pues no están los matemáticos a su vez, por regla general, en posesión de

las condiciones biológicas del problema». (Es en el capítulo de Nomenclología, páginas 157 y 158 y al tratar del empleo de las matemáticas en medicina donde llega a exponer en pie de esta última página una serie de diferentes desarrollos matemáticos con los tres valores dados, que él mismo mira como excesivos e incluso no necesarios y aún perturbadores.

Para nosotros, sin buscarle demasiadas elucubraciones a la ecuación, el solo hecho de formularla ya nos parece excelente y meritoso, pues resume mucho el concepto de vida, salud y enfermedad posible por diversas causas, ora por I, ora por C.

Que I puede originar enfermedad de la psique o del soma, o de ambos a la vez, o también por desequilibrio tensional ante la acción de las circunstancias exógenas correspondientes al factor C, (ambiente social, familiar, laboral, etc.), no hace más que corroborar la hipótesis de las neurosis concebida por JANET, válida todavía en muchos aspectos. (El Prof. LAIN ENTRALGO halló en el poema de la Iliada, atribuido a Homero, la mención por primera vez, *del enfermar* del hombre por una causa interna). También lo confirma SARRÓ en su estudio analítico, pero para mí es suficiente que esta concepción concuerde perfectamente con las actuales ideas neo-hipocráticas, resumidas por Arasa en su «Patología de la totalidad», donde

escribe: «Patología de la totalidad y vida humana es para nosotros y para Nicola Pende «totalidad» según ya demostramos en una precedente obra maestra de 1955». «Por otro lado, el cuerpo humano y su «medio» ambiente, (Cosmos para Letamendi), forman según dije, una auténtica simbiosis». Y Rof Carballo, escribe: «Toda enfermedad humana está en grado mayor o menor, influida por las pautas de interrelación con el ambiente y con los demás individuos; pautas que discurren sobre la primitiva trama de relaciones interpersonales que ha permitido que el hombre se constituya como tal hombre».

Así, pues en todo el discurso-prólogo del «Curso de Patología General» y a partir de su fórmula o ecuación general de la vida, hallamos constantemente la preocupación en Letamendi, de dejar basadas sus consideraciones y afirmaciones. No en vano él mismo nos cuenta como a los 17 años ya empezó a meditar sobre la enseñanza de la medicina y de la patología en general, y como, a través de los años, fue madurando su designio de remozarla, de «modernizarla», podríamos decir, Letamendi nació en el 1828 y el discurso fue pronunciado, como ya he anotado, en mayo de 1882 y el libro fue editado en el 1883. ¿Puede calificarse al Maestro de «improvisador poco preparado? Sinceramente creo que no, antes, por lo contrario, creo que fue precedido por una infati-

gable y extensa formación en todos los campos del saber. Si algo es indudable es su extraordinaria preparación cultural, tanto científica como humanística, que todavía hoy nos parece asombrosa y que contrastaba con la erudición superficial de sus contemporáneos.

Veamos la carta escrita por él e inserta en la «Estafeta de los muertos», que prologó y editó Suender, su médico urólogo, de quien dice Letamendi: «A quien amo y venero casi como a los autores de mis días (q.s.p.h.), pues, si no fue Suender el editor de mi vida, ha sido reimpressor, llevando seis años de redivivo». La primera carta de la «Estafeta» fue un trabajo aparecido, bajo seudónimo, de Comenge, en que examina a los médicos en relación a sus respectivas épocas. Uno de ellos fue maestro de un tal Díaz biografiado por Suender. En esta carta el autor solicita «la opinión antropológica sobre cuatro de los últimos médicos de cámara del rey Felipe II e incluye unos dibujos a pluma de los bustos o rostros de cada uno. Letamendi no hizo esperar la contestación y tanto por la chispa de la exposición y sal de los comentarios descriptivos referentes a la psicología de cada uno como por la profundidad del análisis y aún por los recursos de su experiencia personal y profesional, pues su archivo era fiel y acaudalado, creo que merecen ser reproducidas las cuatro descripciones. Letamendi lo

hace así: «Nada más fácil que tal clasificación, porque cuando vi los cuatro retratos reconocía que estaban representadas las cuatro especies de tíos del género *avunculus parasitus*, sin duplicación ni omisión por manera que en la atmósfera palaciega en que decayó y murió el rey de mis aficiones, se ve que estaban presentes y acechando la ocasión todas las especies de tan recomendable género dentro del personal facultativo».

En la «Historia natural sociológica del linaje humano» que «años ha tengo compuesta en mi cabeza», (¿es esto improvisación?), el género tío pegadizo o *avunculus parasitus*, se divide en estas muy distintas especies, a saber: el tío maligno, *avunculus malignus*; el tío seráfico, *avunculus seraphicus*; el tío vividor, *avunculus providus*; el tío nulo, *avunculus nullus*.

Estas cuatro especies se encuentran en todas partes, aunque en muy distintas proporciones, según los elementos que el medio ambiente ofrece a cada uno de ellos. He aquí las descripciones:

Avunculus malignus. Tío más malo que Caín, y que sobre ser malo, lo parece, y sabe que lo es y que lo parece y le gusta parecerlo y serlo. Tiene corona de garfios y varias ventosas, como la solitaria, y procede de esta manera: Busca por instinto en toda colectividad al más malo y poderoso, se asocia con él, le ayuda con todas sus mañas, artes y luego le dice: «Ahora, ca-

marada, ayúdame V.M. (vuestra merced) a subir». «A esta vivaz especie, muy vecina del homunculus ferox, pertenece el relamido sujeto, mezcla de criminal y mona de Tetúan, señalando en la colección Mena con el nombre de Dr. Gómez de Sanabria (que mejor se apellidara de cinabrio). Este hubo de subir a hombros de alguna marquesa de alma atravesada, que quizás le fuese deudora de algún maleficio de mayor cuantía».

Avunculus seraphicus. Tío que es bueno sólo porque no es malo y parece santo y lo sabe, y, visto que no cuenta con más, beneficia sus seráficas apariencias y, como calabaza en agua, se encomienda a la corriente, del río Ganges y, aunque sea del Ganges por lo podrido y pestilente, va diciendo para su capote: «Yo, en no haciendo mal a nadie, en paz con Dios».

Avuculus providus. «Tío nacido con mundo, o sea, con experiencia innata y que ejercita su vida, con ser la primera, como un toro bravo pudiera portarse en una corrida segunda, a muerte por cornada. De suyo él no es ni bueno ni malo, ni sabe que cosa es lo uno ni lo otro, ni ganas; como tampoco da valor a los estudiosos, que considera como balumba dificultosa para el ascenso. ¿Oye hablar de elecciones?; pues pide que le hagan diputado. ¿Es diputado?, pues quiere una Dirección o un Obispado. Si es médico y muere uno que lo era de la Real Cámara y tiene

conocimiento en trigésimo grado con el Secretario de S. M., va y pide la vacante».

Avunculus nullus. «Tío negativo, pero, con ser corto, ignorante y no gozar de bien ni de mal, tiene en el centro de los sesos una lucecita como la de las luciérnagas, a favor de la cual vislumbra su nulidad y reconoce que está perdido si no se agarra a buen árbol».

También Sarró comenta tanto esta descripción como el escollo que mereció a Pi y Molist, y opina que resulta difícil dirimir el juicio no viendo de motu propio a los individuos. Que la descripción psicológica sea exacta lo refuta el segundo autor Pi y Molist, pero sí que debe reconocerse que Letamendi tenía una fina percepción o intuición con respecto a los «tipos», y que los rostros humanos le «hablaban» y le sugerían multitud de rasgos de rango psicológico y sociológico. A este respecto bien podemos escribir, que los diagnósticos por la fisonomía han constituido una ciencia. Aquí otro aforismo antiguo: «La cara es el espejo del alma». Sin embargo, recuerdo haber oído a mi padre que, en la visita hospitalaria de Santa Cruz (calle del Carmen) el Prof. Doctor Robert, al situarse alrededor de una cama con sus alumnos, solía decir: «A ver, usted mismo, por las facies, ¿de qué cree que padece este enfermo?» Aquí se buscaba la dolencia somática, visceral. No obstante, también modernamente

se han publicado unos estudios, re-
producidos de otros más antiguos. Con referencia a esta temática, bien podemos recordar a Crolluis, Lavvater, Rostan y Vannier, y recientemente a Kretschmer, Sheldon, Corman, Roldan, S. J., etc.

La misma definición que da Letamendi de la Medicina es resumen de todo un pensar a la vez metódicamente eslabonado y objetivamente contrastado desde puntos de vista dispares. Sus ideas se van condensando a lo largo de su patología general. No podemos entrar en su «disección», por cuanto ya lo hizo Sarró en su discurso tantas veces citado.

Otro tema en que hallamos huella de su meticulosidad investigadora y prueba de las sólidas bases y prolongados estudios, de que hacía acopio antes de iniciar una publicación o comunicación, es su tratado de griego en vistas a un mejor empleo de las palabras técnicas en español (castellano). Ello le llevó incluso a un estudio sobre el origen de la epigrafía, cuya exposición fue acompañada de un magnífico cuadro pintado por él mismo y se halla depositado en el Museo de El Escorial. Su trabajo se titula «Elementos de lexicología griega, con aplicaciones al tecnicismo médico». (1881).

Veamos su preparación. Inicia el tratado con una especie de dedicatoria, en forma de carta, cuyo destinatario desconocemos. En ella cita a un común amigo de ambos,

el Dr. Balari, nuevo catedrático de griego de la Universidad de Barcelona, y dice: «Mi inolvidable amigo: Junto nacieron en mi ánimo, como dos almendritas, (modesta comparación), el proyecto de dar a luz esta rajuela de libro y la intención de dedicárselo a Ud.».

«Cosas tan racionales como las ideas, no se juntan ni se disgregan, sino por virtud de valedera y discreta razón, y he aquí, en breve término, la que movió a mis dos intentos para brotar tan unidos. Entre los muchos beneficios que debo al valer de la persona de usted y el atento y cotidiano trato con que en Barcelona me honró durante largos años, cuéntanse dos que influyeron poderosamente en mi cultura, siendo uno de estos el haberme inspirado verdadero amor hacia los estudios lingüísticos, y el otro el haberme transferido algo de esa incomparable perseverancia y crítica que imprime carácter de perfección a todos sus trabajos».

El primer capítulo del trabajo trata de:

Introducción al cultivo del idioma en general.

El tema abarca unas 52 páginas. Estudia los signos, la grafía y la fonética griega. Luego se extiende a otras consideraciones filológicas, que no son del caso para mi propósito, aunque sí quiero subrayar, como él mismo advierte, que la perfección que en otro ve y admira,

intenta adaptarla a su propio trabajo, y así pudo llevar a término el esclarecimiento de algo que estaba mal traducido en el Juramento de Hipócrates, y que debió salir a relucir, con motivo de su dolencia. Empieza por escribir la oración dudosa primero en griego mismo, luego su traducción literal y luego la literatura correcta. Literalmente dice así: «No cortaré pero tan siquiera ciertamente a los calculosos cederé pues a menestrales hombres de negocio este». Cuya traducción correcta diría así: «No cortaré (cercenaré, mutilaré), ni tan siquiera, por cierto, a los calculosos, dejando este negocio a menestrales de oficio». Al parecer, lo que pretendía era, no que no fueran operados, intervenidos, los afectados por cálculo, sino que lo fueran por hábiles cirujanos y no por cualquier médico. Leamos su último párrafo del comentario: «d) — para terminar con un dato elocuente, recordar en griego, la *cortadura*. A cercen se llama *ektomé* y al enuco *EK-TOMIAS*, y uno y otro vocablo, lo propio que *ana-tomía*, *diko-tomía* y cien otros sinónimos de cortar, tallar, mutilar, etc. nacen de la común raíz *temno*, cuyo futuro imperfecto *TEMEO* (variante de *temo*), ha sido mi blanco en este comentario. ¿Se hallaba fundamentado o no el Ilustre Maestro?

Recojamos otro tema, este de carácter mecánico: «El motro del porvenir». Trabajo que escribí

como consecuencia de sus estudios y meditaciones a lo largo de cerca veintinueve años. ¿Hubo precipitación? Evidentemente no. El subtítulo de dicho escrito reza así: «Lubricación dedicada a quien, o por mejor ingeniero o por más ingenioso, llegue a realizar lo que de ello se deduce».

Como recuerda el Dr. Forns en uno de sus trabajos, su incitación tuvo lugar con ocasión de la pregunta formulada por Narciso Monturiol, inventor del sumergible o «Ictineo», y de hallarse, el 21 de octubre de 1860, en una segunda inmersión a cierta profundidad bajo las aguas del puerto de Barcelona. Inmersión en la que figuró como «pasajero» el Dr. Letamendi. Veamos como éste lo cuenta: «Una obligación moral implícitamente contraída (Letamendi formaba parte de la Comisión que el Ateneo Barcelonés había nombrado para juzgar el invento), no la amistad ni menos aún el antojo, fue quien logró llevarme a las profundidades del Mediterráneo; a mí, de natural tan terrestre, que como sea muy espaciosa la aljofaina de lavarme la cara, me da mareo». Monturiol le formula una pregunta sobre cuál debe ser el motor de propulsión que debería adoptarse para el sumergible, y aún inquirió si la electricidad era la más apropiada, y si era ella, tal vez, el «oculto motor de nuestros músculos». A lo que contestó el Maestro: «No; en esto no medito ni vacilo, porque se

trata de una cuestión de mi oficio, de un asunto intrínsecamente anatómico-fisiológico. Se trata, en fin, de aquello que ignoro menos: «La energía viva que los nervios transmiten no es electricidad precisamente, porque los nervios son pésimos conductores de ella». Y sigue una retahíla de consideraciones muy oportunas. Dignas de conocerse, no obstante, son las conclusiones que 29 años más tarde obtiene:

1.º Que la electricidad no satisface las exigencias de los grandes problemas mecánico-industriales (subnatación, vuelo), que están aún por resolver y que no admiten en modo alguno la intervención del vapor y demás motores, hasta hoy explotados, sólo causa del poco rendimiento que dan en relación con su exceso de peso y volumen.

2.º Que el motor desconocido o del porvenir hay que buscarlo entre los análogos al motor animal.

3.º Que estos análogos al motor animal son materiales explosivos, cuyo secreto de utilización está en el primoroso dominio de la explosión misma».

Esto lo escribía en «La España Moderna», en 15 de noviembre de 1889, pero es que Letamendi, había buceando también en los conocimientos de la electricidad, pues andaba buscando la utilización de pilas eléctricas para diversos aparatos médicos, y así estudió a fondo los ensayos sobre pilas e incluso sugirió o inventó una modificación de la pila Daniel, y escribió sobre

«La pila hidro-eléctrica Daniel». Esta pila estaba fundada, de una parte, en la reacción entre dos metales diferentes separados por bizcocho de porcelana y, por otra, el agua acidulada por el ácido sulfúrico. Más tarde fue modificada, a su vez, por Leclanche, que introdujo el agua «fontis» y la sal de cloruro amónico. Al pie de una de las páginas del artículo, Letamendi ya cita los diferentes tipos de «acumuladores», tales como los de Ritter, Jacobi y Gaston Planté.

De todo ello se deduce como el Maestro, en materia de electricidad procedió como en otros estudios, iniciando sus conocimientos en los autores acreditados, profundizando en sus ideas y obteniendo luego unas conclusiones propias, nada disparatadas ciertamente, pues resultaron proféticas.

Como último comentario escogeré el tema artístico y de éste indudablemente la música, en la que tanto se distinguió el Maestro en sus últimos años. De sus propios escritos y del atinado juicio que de su «musicalidad» hace Rocha, se deduce fácilmente nuestro aserto. Dice éste: «Letamendi, que indudablemente poesía el sentimiento, (inspiración musical), se afanó en documentarse técnicamente para poder componer lo que, al dictado de su intuición musical, sólo hubiera quedado en potencia. No creyó nuestro sabio en la improvisación absoluta, pero sí en darle a nuestro cerebro la facultad y la

preparación necesaria para saber improvisar». «Letamendi poseía seguramente lo que en musicología se llama oído integral. Consiste ello en poder situar en la escala musical la nota que se escucha (naturalmente sin diapasón)». «Culminó en él este hecho, cuando decidiera apartarse de su enfermedad, al emprender el estudio de la música en su máxima dificultad: la armonía, instrumentación y composición». «Antes de adoptar esta decisión absoluta consecuencia «volutiva», Letamendi tuvo una instrucción musical muy apreciable, como quedó demostrado en su célebre prólogo a un libro sobre «Una biografía de Ricardo Wagner» que escribiera su discípulo de anatomía J. Marsillach». Lo titula «Gatupe-rio musical» y en él dice: «Por lo demás, el nombre, al parecer estrafalario, que el mejor de mis discípulos en el arte de Esculapio (y muy maestro mío, a su vez, en achaques de música) pone en este volumen...» También en «La Epoca», septiembre de 1884, escribe sobre «La música del porvenir y el porvenir de mi Patria», y en 13 de septiembre de 1888 estrena su celebrada *Misa de Requiem* a cuatro voces (como partes principales, orquesta y coro).

Como comenta Rocha, su música está decididamente influenciada por Wagner. Así nada tiene de particular que el auditorio se sintiera transportado a celestiales regiones, y causara fuerte impresión e im-

percedero recuerdo. Su audición me emotivó como la primera de la Misa orquestada del P. Blanch, en el día de las Santas, en la iglesia parroquial de Santa María de Mataró.

Que se hallaba preparado lo demuestran las siguientes líneas del propio Letamendi: «Por atrevido no me quedaba. Desde el flautín al contrabajo, ningún instrumento por profanar; no ciertamente para salir habilidoso en ellos, sino para *conocerlos* en su principio y sus genialidades. (Según parece, sólo dejó de experimentar el arpa, quizá por considerarse de antiguo como instrumento netamente femenino) «El visible alivio que mis primeros atrevimientos instrumentales me proporcionaron, alentóme sobremanera, a tal punto que, tras la tercera o cuarta composicioncilla y por motivos que, según antes dije, omito, lancéme con verdadero denuedo a escribir un *Dies Irae* para tenor sólo y a grande orquesta». Sabedores de ello los RR. PP. Agustinos de El Escorial, le encargaron la *Misa de Requiem* para los funerales de aniversario de muerte del rey Felipe II. Completaremos el cuadro si a todo esto añadimos lo que Letamendi mismo nos cuenta que «por curioso, habíame formado desde la edad de catorce años una teoría musical melódico-armónica completa. Así que, «al primer piano que sufrió mis impertinencias le pregunté por qué razón fundamental, suficiente,

sus teclas negras se sucedían en serie de 2, 3; 2, 3; y como el pobre instrumento era incapaz de decirme, no paré hasta yo mismo averiguármelo». Bien podemos decir, pues, que estaba preparado desde los 14 años. (A la reforma de la medicina desde los 17).

Al azar hemos escogido un tema de medicina, otro de antropología, otro de mecánica y electricidad y por último otro artístico, para demostrar como en cada uno de ellos siempre se hallan unos conocimientos previos base y fundamento del trabajo. En muchos temas es el propio Letamendi quien nos facilita, expone y descubre los pasos dados. Ante estas irrefutables pruebas biográficas, ¿puede decirse del Maestro que era un improvisador sin fundamentos, ¡*Risum teneatis!*

José de Echegaray decía de Letamendi que «era el sentido común trabajando a grandes presiones», y Alejandro Pidal, a quien Letamendi admiraba por su elocuente oratoria decía: Es un ejemplar del Catecismo, convertido en cartucho de cañón», y Natalio Rivas, que nos ha facilitado las dos citas, dice: «Letamendi fue un verdadero genio cuyas dimensiones eran tan dilatadas, que dentro de la finitud humana es lo que más se acerca al infinito. Volaba a tan ingentes alturas, que podía contemplar horizontes amplísimos. Por eso pudo cultivar y *dominar* las más heterogéneas disciplinas». Y termina con

estas otras que bien pudieran mover algunas insensibles inteligencias:

Causa grima que, hombre tan excelso, esté casi olvidado por la posteridad.

No seamos, pues, ingratos y aunque ya pertenecemos a unas generaciones en declive, demostremos que todavía poseemos admiración y gratitud con los que fueron grandes en el firmamento de la Medicina, aún que ésta sea la del siglo XIX.

Instamos desde estas páginas, a

la Fundación Letamendi-Forns, y a la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, para que se «reviva», (redivivo, decía Letamendi), la *Comisión Pro Monumento* al Dr. Letamendi, que fue ya elegida en otra ocasión, y que presidida, por el académico y Profesor Dr. Nubola Espinós, no puedo llevar a término la misión propuesta. Los jardines de la Plaza del Doctor Letamendi aguardan un monumento, más o menos grande, que perpetúe y honre la memoria ejemplar del insigne Dr. D. José de Letamendi Manjarrés.

Barcelona, Octubre de 1966

BIBLIOGRAFIA

Obras completas de Dr. D. José de Letamendi Manjarrés. Vols. I al V, por Rafael Forns. Madrid, 1907.

«El sistema mecánico-antropológico de José de Letamendi». Discurso de ingreso a la R.A. de M. de B. por el Prof. Dr. Ramón Sarró y contestación por el Prof. Dr. A. Rocha. Barcelona, 7 de julio de 1963.

«Letamendi». Recopilación de escritos del Dr. Rafael Forns (hijo) Barcelona, 1965.

«La Salud». Semanario popular de intereses

vitales. Año I, n.º 1. Barcelona, Domingo, 7 de enero de 1877.

«Curso de Patología General», basada en el principio individualista o unitario. José de Letamendi. Madrid, 1883.

«Estafeta de los muertos», por L. Comenge y José Letamendi. Editado por el Dr. Suender. Madrid, 1840.

«Cuadernos de Bionomia». Vol. XIX, n.º 73. Madrid, Primavera de 1966.

«Medicina Clínica». Año I, Tomo I, n.º 1. Barcelona, julio de 1943.